

UNIVERSIDAD DE GRANADA

FLORENTIA ILIBERRITANA

REVISTA DE ESTUDIOS DE ANTIGÜEDAD CLÁSICA

N.º 24, 2013

comienzos del siglo V, vemos el epílogo del Imperio romano con Estilicón, Alarico, el emperador Honorio y la caída de Roma en el 410 d. C., que comprenden los capítulos LXXIV y LXXV. El último capítulo, el LXXVI explica los motivos de la decadencia y la caída de las legiones romanas, aludiendo según el testimonio de Vegecio, que a pesar de que la caballería estaba mejor preparada, la infantería en cambio, no, y la distinción entre los legionarios romanos y auxiliares había desaparecido. Además, si no había un buen general, las legiones estaban a merced de sus enemigos.

Para finalizar, se mencionan las abreviaturas de las fuentes que se han utilizado a lo largo del libro y posteriormente se especifica la bibliografía, prácticamente toda en inglés, que aunque no es demasiado exhaustiva si suficiente para profundizar en el tema. No solo se alude a libros, sino también a artículos de periódicos y revistas, informes y página web.

En definitiva, a pesar de la extensión del libro, es ameno, distendido y fácil de leer y supone una verdadera joya para los amantes de la historia militar romana, tanto principiantes como avanzados, que podrán descubrir con todo detalle todas las vicisitudes de las legiones romanas, tanto a nivel individual y colectivo y cómo se desarrollaron en el lugar donde fueron temibles y respetadas: en el campo de batalla.

Marcos UYÁ ESTEBAN
Universidad de Granada

Diogenes Laertius, Lives of eminent philosophers, ed. with introd. by Tiziano DORANDI, col. «Cambridge Classical Texts and Commentaries» 50, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 944. ISBN: 978-0-521-88681-9.

El mundo de la Filología Clásica está de gran enhorabuena, al contar hoy, gracias a T. Dorandi, helenista de reconocido prestigio internacional y de probada competencia en particular en la edición de textos, con la nueva edición tan esperada de un autor como Diógenes Laercio (= D.L.), cuyo texto (los diez libros de sus *Vidas de los filósofos ilustres*) constituye un documento sin igual para la historia general de la filosofía griega. Esta nueva edición está destinada sin duda a marcar un hito en los estudios de D.L., que se hallaban aún necesitados de algo tan fundamental como una moderna edición satisfactoria del texto mismo de este autor, que vivió en la primera mitad del siglo III d.C. En efecto, ni la edición de H. S. Long a principios de los

años 1960 ni la de M. Marcovich a finales de los 1990 alcanzaron el necesario nivel (cf. *Diogenis Laertii Vitae philosophorum*, recognouit breuique adnotatione critica instruxit H. S. Long, 2 vols., col. «Scriptorum Classicorum Bibliotheca Oxoniensis», Oxonii, Oxford University Press, 1964, reimpr. 1966; y *Diogenes Laertius, Vitae philosophorum*, ed. M. Marcovich, 2 vols. [I: *Libri I-X*; II: *Excerpta Byzantina*], col. «Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Teubneriana», Teubner, Stuttgartiae-Lipsiae, 1999, reimpr. Berolini-Novii Eboraci, 2008 [*Indices* por H. Gaertner, Monachii-Lipsiae, 2002]). Baste remitir a las numerosas y unánimes críticas que recibiera la primera, por sus errores y parcialidad, y a las no menos graves reservas que suscitara la segunda, pese a sus indiscutibles avances, en las correspondientes reseñas.

El mismo año que apareciera la edición de Marcovich vio la luz el resultado del proyecto de un amplio equipo de especialistas del CNRS coordinado por M.-O. Goulet-Cazé: una traducción al francés de la obra de D.L., con muy detalladas y valiosas introducciones y notas: *Diogène Laërce, Vies et doctrines des philosophes illustres*, trad. franç. sous la dir. de M.-O. Goulet-Cazé; introd., trad. et notes de J.-F. Balaudé, L. Brisson, J. Brunshwig *et al.*, col. «La pochothèque», Paris, Librairie Générale Française, 1999. Pues bien, ya en su prefacio se anunciaba la edición de Dorandi (entonces destinada en principio a otra prestigiosa colección, la *Collection des Universités de France*). No en vano, aunque la traducción en cuestión se basaba necesariamente en el texto de Long, sus autores pudieron ya beneficiarse ampliamente de los primeros resultados de la colación de Dorandi sobre los principales testimonios manuscritos.

Las deficiencias de la edición de Marcovich aparecida paralelamente confirmaron por fortuna a Dorandi, lejos de abandonar su proyecto, en el empeño de seguir adelante con su propia edición. Han pasado ya desde entonces 14 años, lo que revela la enorme envergadura y exigencia de esta tarea prolongada durante casi dos décadas, como indica el autor en su prólogo. En él manifiesta su conciencia de que una edición de un texto griego no puede ser considerada nunca como definitiva, y confiesa que ha tenido que enfrentarse más de una vez a la tentación (propia de todo filólogo serio y honesto) de retrasar algo más la publicación de sus resultados, con vistas a su posible mejora. Por fortuna de nuevo, esta tentación ha sido vencida en su debido momento, y toda la comunidad científica interesada en el texto de D.L. puede disponer hoy, en el marco de la prestigiosa colección *Cambridge Classical Texts and Commentaries*, de una edición que, si bien por definición no puede considerarse como definitiva, sí resulta ya, por fin, absolutamente satisfactoria.

La paciente y disciplinada tarea del editor de un texto tan extremadamente complejo por su transmisión y por su propia naturaleza literaria como el de D.L. (tarea que no será nunca sin duda lo bastante valorada ni reconocida) ha venido

acompañada durante todos estos años por la publicación de numerosos trabajos concretos, que nos hablan del modo tan riguroso como apasionado con que Dorandi ha abordado su proyecto laerciano, un proyecto que, aunque centrado ciertamente en la edición del texto mismo, ha tenido otros muchos intereses y frutos. Por suerte, buena parte de los resultados de estos trabajos de los dos últimos decenios nos los ha ofrecido Dorandi también (reconsiderados y reelaborados) bajo la forma de una sólida monografía titulada *Laertiana: Capitoli sulla tradizione manoscritta e sulla storia del testo delle Vite dei filosofi di Diogene Laerzio*, col. «Beiträge zur Altertumskunde» 264, Berlin-New York, Walter de Gruyter, 2009.

La edición que aquí nos ocupa viene precedida de una densa y succulenta introducción (p. 1-57) donde Dorandi presenta lo más relevante que debe conocer el lector sobre la tradición manuscrita (tanto directa como indirecta) del texto de D.L., sobre sus ediciones anteriores, sobre la historia de los estudios de los que dicho texto ha sido objeto hasta la fecha (desde H. Usener a D. Knoepfler) y sobre las nuevas evidencias que se pueden aportar para la historia del mismo, hasta finalmente llegar a la plasmación de los propios resultados en un nuevo *stemma codicum*, y concluir con la explicación de los principios y la disposición propios de su edición. Las características de la colección han impuesto al editor una lógica limitación en cuanto a la extensión de su introducción, por lo que se agradece poder contar con los *Laertiana* para una mayor profundización en todos estos temas, así como para el complemento de otros que tienen que ver, por ejemplo, con la interesante pervivencia del texto de las *Vidas* en la Edad Media y en el Renacimiento latino (cf. Dorandi, *Laertiana*, op. cit., p. 201-228).

El principal e indiscutible mérito de la edición de Dorandi es el estar basada en la más rigurosa y exhaustiva autopsia de los testimonios conocidos hasta el momento del texto de D.L., con las dificultades de todo tipo que ello supone.

Lógicamente, para abordar esta ardua tarea ha contado Dorandi con el precedente de un destacado elenco de estudiosos de esta tradición que, desde finales del siglo XIX, han ido realizando sucesivas contribuciones más o menos valiosas. En este contexto, Dorandi se sitúa sobre todo del lado de las aportaciones que realizara en 1991 Knoepfler en el caso de la Vida del filósofo Menedemo de Eretria (D.L. II 125-144; cf. D. Knoepfler, *La Vie de Ménédème d'Érétrie de Diogène Laërce: contribution à l'histoire et à la critique du texte des «Vies des philosophes»*, col. «Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft» 21, Basel, Reinhardt, 1991). Tras plantearse su verificación en el marco de la obra completa de D.L., termina considerando que dichas aportaciones deben ser aceptadas en general, aunque introduciendo algunas precisiones y diferencias. Otro dato importante es que Dorandi ha podido manejar por primera vez de modo íntegro el inédito legado (*Nachlaß*) laerciano de P. Von der Mühl, conservado en la Universidad de Basilea, que testimonia am-

pliamente el propio proyecto de edición de D.L. que el estudioso suizo († 1970) no llegó a culminar. Ha podido así tener en cuenta Dorandi en su edición la experiencia y los resultados de su predecesor (al que no en vano dedica su obra), aunque ello no le ha impedido realizar siempre sus propias colaciones de los diferentes manuscritos estudiados por aquel.

Como resultado de sus propias investigaciones, los principales testimonios en los que Dorandi basa el texto de su edición de D.L. son: por un lado, los dos manuscritos íntegros más antiguos y fiables, B y P, que provienen de un mismo modelo (Ω , perdido), de los cuales (como ya hiciera Knoepfler) considera como el más valioso B (antes de las correcciones de B²), ya que su copista (del s. XII) es un individuo que se limita a reproducir de modo mecánico el modelo y por ello conserva una tradición más pura, mientras que el de P, aún siendo más antiguo (Dorandi lo sitúa en el s. XI/XII, distinguiéndose aquí de Knoepfler, que lo hacía a finales del XIII), introduce de modo deliberado numerosas correcciones e intervenciones, al conocer mejor el griego; a estos manuscritos B y P, se suma F, posterior (del s. XIII), pero que también proviene del mismo modelo Ω , aunque en este caso a través de un intermediario (γ , también perdido), y del que Dorandi sólo tiene en cuenta en su aparato crítico al primer copista (F¹, s. XIII) y al segundo (F², s. XIII/XIV), ya que el tercero (F³) se limita a copiar alguna página de un manuscrito tardío del s. XVI; por otro lado, en cuanto a la tradición indirecta, Dorandi tiene muy en cuenta los *excerpta Vaticana* (Φ , s. XII) y otros *excerpta* bizantinos: los del léxico de la *Suda* (ca. 975-80); los de la *Antología Palatina* (Pa), que provienen del códice (perdido) utilizado por Constantino Céfalas (ca. 900); y los fragmentos del libro III (extractos de la *doxografía* platónica), conservados en un manuscrito de Viena (Vi, del año 925), a su vez derivado del códice (también perdido) que habría pertenecido a Aretas de Cesarea (ca. 907; Vi conserva escolios que remontan a este).

Dorandi rechaza la hipótesis de Knoepfler según la cual, en la transmisión del texto de las *Vidas*, habría que distinguir una rama italo-griega autónoma, representada por B, P y F (es decir, Ω , su modelo perdido), y otra oriental representada por Φ . Según su análisis, Ω remitiría a una misma tradición oriental, aunque el copista de B pudo ser originario del sur de Italia o al menos haber sido formado en esa zona (en cambio, P y F habrían sido copiados en Constantinopla, o en todo caso en el mundo griego oriental). Defiende así Dorandi la unidad geográfica de la transmisión. Además, sus investigaciones sobre el conjunto de la tradición manuscrita le permiten suponer como probable que, tras una primera difusión que pudo realizarse a través de rollos de papiro sueltos (al menos diez) y no sobre códice, las *Vidas* sobrevivieron al final de la Antigüedad Tardía (en el s. VI) sólo en un único ejemplar en mayúscula (X), que se encontraría ya en un estado de conservación bastante defectuoso, con lagunas más o menos extensas, importantes errores e interpolaciones. De este modelo

se habrían realizado dos copias transliteradas (es decir, en minúscula, en contra de lo considerado por estudiosos anteriores): la de Ω (de la que derivarían P, B y F), y la de χ , que estaría en el origen de Φ (a través de un intermediario probablemente del s. XI conocido como *autographon excerptoris*). Ese mismo modelo X estaría en el origen del redactor anónimo de la llamada *fuentes filosóficas* (Σ) que habrían utilizado la *Suda* y los autores de *excerpta* bizantinos.

Por otro lado, la tradición manuscrita presenta una laguna evidente al final del libro VII, donde falta al menos la conclusión del catálogo de los escritos de Crisipo. Además, aparece un gran espacio en blanco al final de dicho libro en los códices B, P y (algo más breve) en F. Pues bien, la presencia en B de dos *subscriptions* al final de los libros VIII y IX permite a Dorandi postular que el modelo de ese manuscrito (es decir, Ω , el modelo de todos los códices íntegros más antiguos) hubo de recurrir a otro ejemplar (¿edición?) de las *Vidas* (con *subscriptions*), que conservaba los libros VIII-X ausentes en el anterior, pero que ya se encontraba también dañado al final del libro VII. Así, Ω sería producto de la unión de dos modelos distintos: uno que sólo habría contenido los libros I-VII (este último mutilado), y otro (con *subscriptions*) con al menos los libros VIII-X (quizá con más, o incluso con los diez), pero mutilado también al final del libro VII. O, si se remonta el análisis más allá en el tiempo, el arquetipo X de finales de la Antigüedad Tardía sería el resultado de la unión, por parte de un compilador anónimo, de dos ejemplares distintos (¿ediciones?): un primer ejemplar X', que sólo habría contenido los libros I-VII y que no comportaría *subscriptions*; y un segundo ejemplar X'', en el que algunos libros estarían provistos ya de *subscriptions*, y que el compilador habría utilizado para los libros VIII a X.

La importancia otorgada a la tradición indirecta es una aportación novedosa de la edición de Dorandi. En cambio, considera este de escasa relevancia para la *constitutio textus* los testimonios derivados de la *uulgata* (α), surgida de la contaminación de P y de γ (el modelo perdido de F), según Dorandi a mediados del s. XII (en un período anterior al aceptado hasta ahora), y cuyo testimonio más antiguo conservado es el manuscrito V (de comienzos del s. XIV). El manuscrito F se habría visto contaminado por la tradición de esta *uulgata* (además de por la tradición de Φ), concretamente en lo referente a su primer copista (F¹), ya que el segundo (F²) dependería de P. Pues bien, Dorandi solo recurre de modo esporádico para su *constitutio textus* a los testimonios de estos manuscritos de la *uulgata*, así como de otros manuscritos más tardíos, cuando considera que aportan (casi siempre por vía de conjetura filológica) lecturas mejores que las de los manuscritos B, P, F, Φ y que las de los otros testimonios más antiguos (*Suda*, Pal y Vi).

El riquísimo aparato crítico de esta nueva edición nos presenta tres niveles: un primer aparato recoge sobre todo referencias a las ediciones modernas de colec-

ciones de fragmentos de los autores citados en las *Vidas* (cuyo texto acertadamente Dorandi edita siempre teniendo en cuenta que la suya es una edición de las *Vidas* de D.L. y no del texto mismo de los autores en cuestión, rehuyendo, por tanto, lecturas o correcciones impropias de la tradición laerciana); un segundo aparato reúne los testimonios de la tradición indirecta; y finalmente el tercero se reserva para las lecturas de los manuscritos y las conjeturas (se presenta como aparato de tipo positivo; por lo demás, de modo esporádico, allí donde es necesario, se introducen breves frases explicativas y referencias bibliográficas). En este último aparato se omite toda mención de fenómenos como *itacismo* o variantes de acento (con excepción de las que afectan a nombres propios). En el caso de las innumerables conjeturas modernas, con muy buen criterio y en beneficio de la mayor legibilidad del aparato, Dorandi incorpora sólo una selección de las más significativas o ilustrativas de los pasajes difíciles. En fin, por la misma razón (y la evocada más arriba), sólo consigna muy contadas variantes de la *uulgata*.

Elaborada con el más exquisito rigor y la máxima precisión filológica a los que nos tiene acostumbrados Dorandi, esta edición no hace ninguna concesión a la vía fácil ni a la complacencia. Se aleja por ello de la tentación, en la que han caído con frecuencia los editores anteriores de D.L., de introducir correcciones y añadidos allí donde, tras el debido esfuerzo del editor en el estudio y análisis de todos los testimonios de su transmisión, el texto no puede ser resuelto. Cuando no parece quedar otra salida, queda siempre la honestidad del filólogo que no cae en el *horror uacui*, limitándose entonces a dejar constancia del problema para futuras contribuciones (nunca se puede descartar que a partir de nuevos testimonios).

Ni que decir tiene que la asunción por parte de Dorandi de la propia constitución defectuosa del arquetipo al que se remonta supone ya un elemento determinante a la hora de concebir la reconstrucción del texto. Y a ello se une también la conciencia de la propia naturaleza literaria de la *Vidas* de D.L. (con una constitución no del todo orgánica y cerrada), y de su método de trabajo (basado en la elaboración de *fichas* más o menos modificables y desplazables). Y se une más aún el hecho de que D.L. no pudo sin duda realizar una revisión final del conjunto (la obra habría sido editada póstumamente a partir de los borradores por él dejados). De ahí que esta edición no rehuya plasmar en el texto expresiones que pueden parecer poco elegantes desde el punto de vista estilístico o más o menos descolocadas desde el punto de vista sintáctico, aunque sin duda D.L. las habría corregido si hubiera tenido ocasión.

La edición se complementa, por lo demás, con un utilísimo apartado de pasajes de interpretación difícil, sobre los que Dorandi reúne la bibliografía más relevante ("Subsidium interpretationis", p. 825-872), seguidos de tres apéndices no menos útiles: uno sobre la métrica de los pasajes poéticos de D.L., (p. 873-875); otro (p. 876-878) con *addenda* a los *Laertiana* de 2009; y otro (p. 879-880) con diversas

sugerencias de lectura sobre algunos pasajes de distintos libros comunicadas al editor en el último momento por W. Lapini (quien prepara, por lo demás, actualmente un libro con notas críticas y exegéticas a la *Epístola a Heródoto* de Epicuro, D.L. X 34-83). Cierran la edición una selección de las abreviaturas utilizadas y de la bibliografía (p. 881-894), así como un obligado índice de los nombres propios citados en las *Vidas*.

Así pues, la tan esperada nueva edición de D.L. se encuentra ya realizada con todas las garantías, y a disposición de los lectores y de los estudiosos, que sin duda debemos congratularnos por ello y manifestar el mayor agradecimiento a su autor. Es ahora el momento de adentrarse en todos sus tesoros y de sacarle seguro partido. Quizá una nueva traducción del texto a una lengua moderna según esta nueva edición sea un primer ejercicio pendiente. Sería desde luego un complemento deseable, que nadie mejor sin duda que el autor mismo de la edición para llevarlo a cabo por vez primera.

A los estudiosos en fin de las distintas escuelas filosóficas y de las distintas figuras de los filósofos cuyas vidas se describen en D.L. compete ahora la tarea de constatar y considerar con detalle las aportaciones concretas que esta nueva edición ofrece al conocimiento de sus vidas y de sus obras. Así, en mi caso, de un primer coitejo del texto relativo a las vidas de los cínicos (libro VI) se deducen ya interesantes detalles novedosos, que no me es posible detenerme a precisar aquí.

Sólo me resta felicitar vivamente a Tiziano Dorandi por esta excelente edición, que representa lo más granado de la actual Filología Clásica, y más concretamente de la actual Filología Griega, y pone de manifiesto su pleno vigor también en lo que se refiere a la más ardua y fundamental de las tareas del filólogo: la edición de textos, aún más elogiable cuando se trata, como en este caso, de textos difíciles, que requieren una dedicación (de tiempo y energías) poco acorde en principio con la tendencia predominante hoy hacia la «rentabilidad» más inmediata del trabajo científico, que está afectando también por desgracia al ámbito de las Humanidades. En efecto, cada vez son menos los que se embarcan en esta laboriosa tarea de la edición (en el pleno sentido de la palabra) de textos clásicos (y menos aún quizá desde el ámbito de las universidades, con todas las otras obligaciones que se suman a la investigación, de las que, Dorandi, como miembro del CNRS francés, agradece en su prólogo haberse podido ver liberado). Razón de más para expresar todo nuestro reconocimiento a quienes generosamente sí lo hacen e invierten en esta tarea editora largos años de su carrera y de su vida, y ello además sin la menor mengua en su restante producción científica, siempre prodigiosa (por cantidad y calidad) en el caso de Dorandi.

Pedro Pablo FUENTES GONZÁLEZ
Universidad de Granada